

NEGRO SOBRE BLANCO

Definitivamente, que las cosas pasen es, a veces, efecto de causas incontrolables. Curvas estrepitosas imposibles de doblar. Razones desconocidas, mundanamente aprobadas e individualmente insoportables.

Por ejemplo: necesito escribir porque para eso me pagan, y ninguna idea viene a mi cabeza. Ninguna. Eso hace que una vez más, piense que las musas no existen y que la inspiración es un estado de ánimo que no tengo.

Pienso, mientras miro por la ventana, que las técnicas y el estudio, los ensayos y los seminarios, los talleres y las universidades en las que he aprendido, se evaporan en la nada cuando en días como hoy, intento escribir algo y nada sale.

Fue en los primeros años de escritor que sentí que había una magia que me envolvía cuando me sentaba a imaginar una historia. Y las palabras salían de algún lugar desconocido, conjunción de razones y corazón, que hacían que las historias fueran buenas, legibles, atractivas para mí. Y cuando terminaba, a cualquier hora, leía y releía lo escrito con una emoción que me hacía llorar.

Y no podía dejar de leerlo hasta casi aprender las frases preferidas de memoria. Y cada vez la lectura me apuraba el corazón, me llenaba de orgullo secreto. Y cuando se lo daba a alguien para que lo repasara, una expectativa inmensa me quitaba el aliento hasta escuchar el elogio, la palmada gratificante, la emoción del lector al autor.

Ahora soy lo que llaman un escritor famoso, y mi cabeza está vacía de ideas propias, y ando por la vida robando sombras a las cosas y las gentes, para ver si sus límites me mandan una señal que pueda ser traducida en escritos.

Pero no. Nada se me acerca tanto como para alentarme a escribir, nada me entusiasma tanto que merezca ser contado.

Soy yo, no es el mundo. Estoy vacío de ideas geniales, de palabras graciosas y certeras. Vacío.

Y me pagan para hacerlo. Esa es la presión inmensa que quizás, me inmoviliza.

Desde que me pagan para escribir, no escribo. Y no puedo traducir el mundo para que sea leído

En ese callejón sin salida estoy.

Miro por la ventana, la nieve ha cubierto la ciudad por días y días a bajo cero. Las calles están intransitables y a la noche se escucha el quejido de las ramas que pesadas de nieve, se rajan de a poco hasta caer al suelo. Muertas, ateridas de hielo.

Cuando algún auto se aventura a salir, el escape larga un humo blanco y pesado que se confunde en el paisaje. Ya se fue el silencio inmenso que acompaña al día cuando cae la nieve, y presiento, desde acá adentro, el piar de los pájaros sin nido, buscando refugio antes que llegue la noche. Me vuelvo hacia el fogón. Sí, será necesario ir al garaje a buscar más leña, antes que se extinga el fuego.

Bajo la tapa de la computadora, no soporto ver la pantalla en blanco requiriéndome una idea seductora, al menos para mí.

Abro la puerta del escritorio, cruzo el comedor y cierro. Avanzo por el pasillo y compruebo que la salamandra que da a las habitaciones esté con leña. Pero también languidece. Tendré que hachar un poco de troncos grandes. Ojalá que llegue Sandra pronto, porque sin duda voy a necesitar ese café que fue a buscar, junto con el resto de las provisiones que le dejé en una lista sobre la mesa de la cocina, ayer a la noche, cuando antes de irme a dormir sin palabras, abría la alacena y me di cuenta de que no tengo provisiones, ni cigarrillos, ni fósforos de repuesto.

Salgo al patio del fondo y acarreo los leños más pequeños hacia el garaje para que no se mojen, me pongo los guantes y empiezo a hachar, con fuerza y sin ganas.

Entonces escucho pasos. Sobre la nieve amontonada en el pasillo sin techo que recorre toda la casa por el costado. Pasos sordos, acompasados, pesados.

Levanto el hacha para dar el primer golpe y cuando cae partiendo el tronco, una voz me saluda.

Volteo y veo al hombre, el dueño de los pasos. Una robusta figura negra sobre el fondo blanco del paisaje. Lleva un overol azul desgastado, una gorra de lana que lo cubre hasta los ojos, y su voz es profunda y tranquila.

Pide trabajo, por favor. Una changa, algo que le ayude a sobrellevar el día, dice.

Me inspira confianza desde el momento en que lo veo. Algo diferente en este mundo tan parejo de sentidos, tan sin novedades verdaderas.

Dejo el hacha a un costado y siento una extraña agitación que sube por mi garganta. No es el esfuerzo físico de partir el tronco, apenas empezaba.

Es sin duda, la aparición de una historia hecha hombre negro de overol.

Es la coma que necesitaba en la oración.

Hablamos, pactamos un precio por su trabajo, le aseguro que le conseguiré más trabajo con los vecinos si demuestra que es eficiente.

Mientras, veo que Sandra ha entrado por la puerta principal y el olor a café se extiende sobre el patio como una mano cálida y morena.

Antes de entregarle el hacha y cuando él ya se está poniendo a cortar los troncos más gruesos, cuando las astillas vuelan por el aire, le pregunto de dónde es, cómo vino a parar a este pueblo de blancos, con calles blancas y humo blanco en sus blancos autos. Se ríe por lo que digo.

Yo río con él y luego de rascarse la cabeza me dice que es una larga historia, que es una increíble historia. Yo le digo que seguramente lo será, que quiero escucharla.

Quedamos que mañana, cuando termine la jornada, tomaremos un café en la sala.

Entro. Me pican los dedos, me late el corazón, millones de comienzos se agolpan en el cuerpo, en los rincones más inesperados de mi cabeza.

Voy al escritorio, abro la computadora. Empiezo a escribir.